

A man in a dark, long-sleeved shirt is leaning over a woman with long, wavy blonde hair. The woman is wearing a dark, strapless top. The scene is dimly lit, with a warm, orange glow from the left, possibly a lamp or window. The man's face is partially visible as he looks down at the woman. The overall mood is intimate and dramatic.

ELIZABETH BEVARLY

UN HOMBRE
PELIGROSO

eLit

elit

UN HOMBRE PELIGROSO
ELIZABETH BEVARLY

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Elizabeth Bevarly
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un hombre peligroso, n.º 334 - febrero 2022
Título original: Undercover with the Mob
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1105-529-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

NATALIE Dorset estaba disfrutando del habitual desayuno de los sábados con su casera cuando, de repente, su vida se volvió irreal.

El día había empezado de forma normal. Su gato, Mojo, la despertó a las ocho y media pidiendo el desayuno. Luego preparó un té de hierbas mezcla Fortnum & Mason, abrió la ventana de la cocina para airear el apartamento, se hizo una coleta, se puso las gafas porque era demasiado temprano para ponerse las lentillas y, con el pijama de franela azul de estrellitas, bajó tetera en mano a la cocina del primer piso para desayunar con su anciana y excéntrica casera, la señora Klosterman.

Que aquella mañana estaba más excéntrica de lo normal.

—Te lo digo yo, Natalie. Es un confidente de la mafia que el gobierno está escondiendo aquí. Podríamos despertar mañana con el cuello rajado de parte a parte.

La señora Klosterman se refería al nuevo inquilino, que ocupaba el segundo piso de su enorme casa victoriana en la zona antigua de Louisville. Ahora, un par de días después de haberle firmado el contrato de alquiler, parecía haber decidido que era un miembro de la mafia. Su casera tenía la costumbre de embellecer, o más bien complicar, la realidad...

Sí, ésa era una forma amable de decir que, a veces, se le iba la cabeza.

Natalie llevaba más de cinco años ocupando el tercer piso de la casa, desde que terminó el Máster de Magisterio y empezó a dar clases en un instituto cercano. El segundo piso había sido ocupado por diferentes inquilinos a lo largo de esos años y, aunque ahora tenía dinero para alquilar una casa propia, Natalie seguía en su apartamento. Le gustaba vivir allí. La casa tenía mucha personalidad. Y la señora Klosterman también.

Le caía bien su casera que, igual que ella, no tenía familia. Como vivían solas, más los inquilinos del segundo piso que iban y venían, Natalie se sentía muy cómoda allí. En Navidad, incluso ponían un árbol e intercambiaban regalos.

Para ella, vivir con la señora Klosterman era casi como vivir con su familia. De hecho, y dada su experiencia, era bastante mejor.

Por supuesto, si lo que su casera decía sobre el confidente de la mafia era verdad, podrían acabar en el fondo del río antes de que llegara Navidad. O encontrarse la cabeza de un caballo en la cama. Y eso, francamente, le estropearía las navidades a cualquiera.

Intentando olvidar la imagen de los cuellos rajados, y considerando que si a una persona le rajaban el cuello de parte a parte sería casi imposible que despertara, le preguntó a su casera:

—¿Por qué cree que es de la mafia?

No debería sorprenderla. La señora Klosterman tenía por costumbre inventar historias (ver comentarios más arriba sobre el estado mental de su casera), pero tenía ochenta y cuatro años y llevaba veinte siendo viuda, de modo que tenía derecho a inventarse las historias que le diera la gana. Aunque esas novelas de crímenes que leía por las noches empezaban a afectarla. O quizá era la edad.

O eso, o había vuelto a fumarse el té de hierbas en lugar de beberlo. Natalie le había advertido seriamente que eso no estaba bien.

—Porque lo sé —contestó su casera, pasándose una mano por el pelo teñido de negro azabache. Cuando Natalie se iba a trabajar, la señora Klosterman se pintaba las cejas y se ponía cuatro kilos de máscara en las pestañas.

—¿Ah, sí?

—Lo sé por la pinta que tiene, por su comportamiento, por su forma de hablar. Incluso el nombre es sospechoso.

—¿Qué pasa, lleva trajes de poliéster y gafas de sol dentro de la casa? —sonrió Natalie—. ¿Apesta a ajo y a Aqua Velva? ¿Se llama Vinnie Mancuso, alias «El Ejecutor» y dice que ha venido para ajustarle las cuentas a alguien?

La señora Klosterman levantó los ojos al cielo.

—Claro que no, ¿qué crees, que quiere delatarse? Lleva ropa normal y huele muy bien. Pero habla como un gángster.

—¿Usa mucho la palabra «liquidar»?

—Pues mira, la usó cuando firmó el contrato de alquiler.

—¿Y se refería a una persona? ¿Preferiblemente a una persona que se llamaba Tony el Gordo o Lenny El Cabezón o Joey El Hacha?

La señora Klosterman se desinfló un poquito.

—No. La usó en referencia a las cucarachas que había en el último apartamento que alquiló. Yo le dije que aquí no teníamos cucarachas, así que no habría que liquidar nada. Pero aparte de eso...

Que era una prueba incriminatoria, pensó Natalie, burlona.

—... se llama... —su casera miró a la derecha y luego a la izquierda para comprobar que estaban solas— John.

Natalie tuvo que contener una carcajada.

—Ah, claro, John. Un nombre muy de gángster, por supuesto. Vamos a ver, estaba *John* Capone, *John* Lansky, *Baby John* Nelson, *Johnny* y *Clyde*...

—John Dillinger, John Gotti —la interrumpió su casera, irritada.

Sí, bueno, era verdad, había excepciones.

—Y no es sólo eso. Se llama John Miller.

John Miller. Ah, bueno, en ese caso...

—Pero dice que todo el mundo lo llama Jack. Ahora entenderás mis sospechas.

Definitivamente, la señora Klosterman se estaba fumando el té de hierbas.

—John Miller, ya. Claro, con ese nombre, los del FBI debieron de quedarse alarmadísimos.

—Exactamente. ¿Qué clase de nombre es ése, John Miller? Es un nombre tan vulgar, tiene que haber millones de John Miller...

—¿Y por qué no puede llamarse así de verdad? —preguntó Natalie, deseando escuchar la explicación.

—Porque no tiene cara de llamarse John Miller. Ni siquiera Jack Miller.

—¿Y de qué tiene cara?

—De Vinnie Mancuso, alias El Ejecutor.

Natalie suspiró.

—Ya veo —murmuró, llevándose la taza a los labios.

—Además, hay otra cosa. Quien firmó el contrato de alquiler fue John Miller, pero no fue él quien vino a ver el apartamento.

—¿Ah, no?

—No. Fue otro hombre.

Sí, eso era un poco raro, pensó Natalie.

—¿Y cómo era ese hombre?

La señora Klosterman se quedó pensativa un momento.

—Ése sí parecía un John Miller. Era un tipo normal y corriente... ¡No, un momento! ¡Parecía un agente federal! Acabo de acordarme. ¡Llevaba una gabardina!

Natalie se mordió los labios para controlar la risa. Debería recordarle a la señora Klosterman que estaban en octubre y que, en octubre, la mitad de los habitantes de Louisville llevaban gabardina. Pero no, mejor no decir nada.

—Seguro que es el agente del gobierno que se encarga de esconder a John Miller —siguió la señora Klosterman, bajando la voz. Seguramente porque si hablaba en voz alta los agentes federales irrumpirían en la cocina pistola en mano, seguidos de la mafia, metralleta en mano.

—Señora Klosterman, no creo que el nuevo inquilino sea...

—Un informador, un confidente, un chivato. Ha cantado como un canario y tienen que esconderlo para que no le pongan unos zapatos de cemento.

Natalie miró a su casera. Olvídate del té de hierbas. ¿Qué demonios había estado leyendo esa mujer?

—Espera y verás. Está en el plan de testigos protegidos, te lo digo yo.

Natalie estaba a punto de cambiar de conversación cuando el inquilino del que hablaban, el canario, John Miller, en carne y hueso, entró en la cocina.

Y se quedó tan sorprendida; porque realmente parecía Vinnie Mancuso, alias El Ejecutor, que se le cayó la taza de las manos, haciéndose añicos contra el suelo. Pero a Natalie le dio igual porque estaba demasiado ocupada mirando a su nuevo vecino.

Era... era... tremendo. Sólo se le ocurría esa palabra para describirlo. Mientras su casera y ella seguían en pijama, John «Jack» Miller parecía dispuesto a comerse el mundo. Seguramente con una metralleta en la mano.

Debía de medir más de metro ochenta y cinco y pesar más de cien kilos. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies, desde la camisa de manga larga, que parecía demasiado estrecha para su anchísima espalda, a los pantalones, que cubrían unas piernas largas y fuertes, como tenía que ser, desde el cinturón a los zapatos italianos.

También tenía el pelo negro, espeso y sedoso.

Y una cara...

Menuda cara. Natalie registró que un líquido caliente se colaba en sus pantuflas amarillas mientras, con el corazón atropellado, miraba a aquel hombre que la miraba a ella, como si estuviera igualmente transfigurado. Tenía las facciones de un emperador romano y unos ojos...

Ay, qué ojos.

Tan negros como su ropa y con unas pestañas casi tan largas como las de la señora Klosterman en su fase cuatro kilos de máscara. Pero esos ojos... eran tan negros como la noche, tan turbulentos como una tempestad.

El señor Miller —*sí seguro, Miller*— tenía la clase de ojos que sólo podía tener un gángster: imperturbables, inflexibles.

Después de trabajar durante cinco años como profesora de instituto, Natalie sabía leer los ojos de la gente. Pero con el señor Miller —*sí, seguro, Miller*— era imposible adivinar qué estaba pensando.

—Oiga, señorita, ¿qué quiere, quemarme vivo?

Y entonces se dio cuenta de que el señor Miller no estaba transfigurado por ella, sino porque lo había quemado con el té. Que era la historia de su vida. Resumiendo: siempre ejercía ese efecto en los hombres. En un momento u otro, acababan mirándola como si les hubiera tirado encima algo caliente. Con éste iba más aprisa de lo acostumbrado, eso sí. Aunque ella no quería nada con el señor Miller. Pero era bueno saber dónde estaba una desde el principio.

—Lo siento mucho —se disculpó, levantándose para buscar un paño—. Espero no haberlo quemado.

Nerviosa, se dispuso a pasarlo por la camisa... pero entonces se dio cuenta de que, como iba de negro, no veía las manchas. Para no arriesgarse, pasó furiosamente el paño por todas partes: desde los anchísimos hombros hasta el torso de cine, los bíceps de gladiador, los antebrazos de ensueño... y luego, para no meter la pata, volvió a pasarlo por el mencionado torso de cine, los mencionados bíceps, el cinturón...

—¿Qué demonios está haciendo?

La frase, no muy agradable, por cierto, había sido enunciada mientras sujetaba sus manos con dedos de hierro.

—Lo siento, señor Miller. Espero no haber...

—¿Cómo sabe mi nombre?

Natalie levantó una ceja. «¿Estamos un poquito paranoicos?», le habría gustado preguntar.

—¿Me lo ha dicho la señora Klosterman?

No lo había dicho como una afirmación, sino como una pregunta. Entonces se dio cuenta de que, con aquel hombre, le resultaba imposible usar otro tono. ¿Por qué? A saber.

—¿La señora Klosterman estaba hablándome de usted y quería presentarme? ¿Soy Natalie Dorset? ¿Vivo en el tercer piso? ¿Y debo advertirle que tengo un gato que se llama Mojo y que suele jugar con una pelota por la escalera? ¿Si lo molesta, dígamelo?

Y hablando de molestar, Natalie deseó poder cerrar la boca antes de que el señor Miller —*ja, ja, Miller*— se diera cuenta de que estaba completamente histérica. Pero era demasiado tarde porque el señor Miller la miraba guiñando los ojos, como si no pudiera verla bien.

«Ay, por Dios».

—Señor Miller... —empezó a decir la señora Klosterman con toda tranquilidad, como si aquello fuera normal y no la escena de una mala comedia con un gángster y una perpleja maestra— le presento a mi otra inquilina, Natalie Dorset. Vive en el tercer piso, pero le aseguro que su gato, Mojo, es un encanto. Natalie —añadió, con el mismo tono que habría usado Jackie Kennedy para presentar a un embajador— te presento a John Miller, tu nuevo vecino.

—Jack —la corrigió él, con tono más suave—. Llámeme Jack. Todo el mundo me llama así.

Parecía vagamente distraído y, a la vez, como sorprendido de haber dicho eso.

Durante unos segundos, sin soltar sus manos, Miller se quedó mirándola con cierto interés. Aunque Natalie no imaginaba por qué. Ella, incluso en el mejor día, era una chica bastante normal. En pijama, con gafas y una coleta, no era precisamente una obra de arte.

Pero el señor Miller miraba su cara, estudiándola en silencio, sus ojos negros inescrutables. Y entonces, de repente, soltó sus manos y miró su camisa.

—Sí, bueno, encantado de conocerla.

Natalie había viajado por todo el país y conocía bien los acentos. Y aquel hombre tenía acento de Brooklyn.

—Encantada.

No se le ocurría nada más. Excepto «qué ojazos tienes, aunque sean los ojazos de un confidente de la mafia en el programa de testigos protegidos», por ejemplo. Pero no podía decirlo. Después de todo, acababan de conocerse.

—Señora Klosterman —dijo él entonces, volviéndose físicamente hacia la casera y, por lo tanto, dando por finalizada su charla con Natalie—. No encuentro la llave de la puerta de atrás y creo que debería tenerla. ¿No le parece?

La señora Klosterman y Natalie intercambiaron una miradita. Las dos estaban pensando lo mismo: que el señor Miller buscaba potenciales rutas de escape por si la mafia aparecía metralleta en mano.

No, no, no, no. No pensaba tragarse la ridícula historia de la señora Klosterman. El señor Miller quería la llave porque la puerta de atrás daba a la escalera de incendios y en una casa tan vieja un incendio era más que posible.

—Ah, es verdad, se me había olvidado. Cambié la cerradura cuando se marchó el último inquilino. Tengo la llave nueva en la oficina. Voy a buscarla.

Y sin decir nada más, su casera salió de la cocina, dejándola sola con el gángster. Con el vecino, se corrigió Natalie de inmediato. Con el nuevo vecino.